

LA CIUDAD DE LAS CALAVERAS

LIN CARTER & L. SPRAGUE DE CAMP

1. Nieve Roja

Aullando como lobos, una horda de guerreros achaparrados y de piel oscura atacó a las tropas turanias desde las laderas de los montes Talakmas, donde las colinas se convertían en las vastas y áridas estepas de Hirkania. El ataque se produjo al atardecer. El horizonte occidental aparecía cubierto de banderas de color escarlata, mientras que hacia el sur, el sol ya oculto teñía de rojo la nieve de los picos más altos.

Durante quince días, el destacamento de turanios que hacía de escolta había avanzado por la llanura y, tras vadear las heladas aguas del río Zaporoska, se aventuró cada vez más en las ilimitadas planicies de oriente. Luego, sin la menor señal, llegó el ataque.

Conan sostuvo el cuerpo del teniente Hormaz cuando éste se desplomó del caballo con una flecha de pluma negra clavada en la garganta. Depositó el cadáver en el suelo y lanzando una maldición desenvainó la espada y se unió a sus camaradas para enfrentarse al ataque de la horda vociferante. Durante casi un mes había cabalgado por las polvorientas llanuras hirkánias formando parte del destacamento. Hacía tiempo que se sentía hastiado de la monotonía, y ahora su espíritu bárbaro anhelaba alguna acción violenta para disipar el tedio.

La hoja de su sable chocó con la dorada cimitarra del jinete enemigo más próximo con una fuerza tan aterradora que la espada del otro se quebró cerca de la empuñadura. Enseñando los dientes como un tigre, Conan blandió su espada y de un violento revés atravesó el vientre del pequeño guerrero patizambo. Aullando como un alma en pena en el ardiente suelo del Infierno, su contrincante cayó al suelo tiñendo la nieve de sangre.

Conan, montado a caballo, giró sobre su cintura para detener otra espada con su escudo. Al tiempo que apartaba de un golpe el sable del enemigo, dirigió la punta de su arma directamente al rostro amarillento de ojos rasgados que tenía enfrente, y vio cómo éste se convertía en una mancha roja de carne destrozada.

Ahora los atacantes les llevaban ventaja. Decenas de hombrecillos de tez morena con fantásticas corazas de cuero pintado con laca, con bordes dorados y brillantes piedras preciosas, los asaltaron con demoníaco frenesí. Los arcos vibraban, las lanzas chasqueaban y las espadas trazaban remolinos y sonaban con ruido metálico.

Más allá del cerco de los atacantes, Conan vio a su camarada Juma, un negro gigantesco de Kush, que luchaba a pie porque su caballo había caído bajo una flecha al primer embate. El kushita había perdido su gorro de piel, por lo que quedaba al descubierto el pendiente dorado que colgaba de una de sus orejas y brillaba bajo la pálida luz. Pero le quedaba la lanza, con la que ensartó a tres de sus corpulentos atacantes, a quienes hizo caer de sus monturas, uno tras otro.

Más allá de donde se encontraba Juma, y a la cabeza de la columna de la tropa del rey Yildiz, constituida por sus mejores hombres, el príncipe Ardashir, comandante del destacamento, daba órdenes

con voz tronante, sentado encima de su brioso corcel. Hacía avanzar y retroceder a su caballo para mantenerse entre el enemigo y la litera tirada por caballos en la que iba Zosara, la hija de Yildiz. La tropa escoltaba a la princesa, que se dirigía al lugar de boda con Kujula, el Gran Khan de los nómadas kuigar.

En el momento en que Conan lo estaba mirando, vio que el príncipe Ardashir se llevó una mano al pecho cubierto de un manto de pieles. Como por arte de magia, una flecha negra parecía haber brotado súbitamente de la colla de su armadura enjovada. El príncipe hizo un gesto para arrancar la flecha y luego, rígido como una estatua, se desplomó del caballo y su casco incrustado de joyas cayó sobre la nieve manchada de sangre.

A continuación Conan estuvo demasiado ocupado para ver lo que sucedía a su alrededor, exceptuando a sus vociferantes enemigos que atacaban dando alaridos. Aunque aún era joven, el cimmerico ya medía casi dos metros de altura, por lo que los morenos atacantes parecían enanos a su lado. Mientras daban vueltas estrechando el círculo a su alrededor, parecían una manada de sabuesos tratando de abatir a un majestuoso tigre.

La batalla continuaba en la ladera de la colina, y los soldados parecían hojas muertas que se arremolinaban por el impulso de una ráfaga otoñal. Los caballos golpeaban el suelo con sus patas, se encabritaban y relinchaban; los hombres acuchillaban, maldecían y gritaban. Aquí y allá se veía a dos hombres que se habían bajado de los caballos y continuaban la batalla a pie. Los cadáveres de hombres y caballos yacían en el barro removido y sobre la nieve pisoteada.

Conan sintió que un rojo velo de furia le nublaba la vista y blandió su espada curva con energía incontenible. Habría preferido una de esas espadas rectas de occidente, a las que estaba más habituado. Pero a pesar de ello, desde los primeros momentos de la batalla, hizo estragos con aquella espada. En su mano rápida como la luz, la brillante hoja de acero dibujaba una reluciente telaraña de muerte a su alrededor. Al menos nueve hombrecillos vestidos de cuero se habían aventurado en ese círculo y habían caído de sus caballos decapitados o con las entrañas al aire. Mientras luchaba, el fornido cimmerico entonaba el salvaje cántico de guerra de su primitiva tribu, pero pronto se dio cuenta que necesitaba hasta el último aliento, pues la batalla aumentaba en intensidad.

Tan sólo siete meses antes, Conan había sido el único sobreviviente de la malograda expedición de castigo que el rey Yildiz enviara contra Munthassem Khan, un sátrapa rebelde del norte de Turan. Con la ayuda de la magia negra, el sátrapa había aniquilado a las fuerzas enviadas para luchar contra él. Él creía haber matado a todo el ejército hostil, desde el noble general Bakra de Akif, hasta el último de los soldados mercenarios de a pie. Únicamente había sobrevivido el joven bárbaro, que consiguió entrar en la ciudad de Yaralet, sojuzgada bajo el yugo del hechicero loco, y volvió la maldición contra Munthassem Khan.

Al regresar triunfante de Aghrapur, la resplandeciente capital turania, Conan recibió como recompensa un puesto en la guardia de honor. Al principio tuvo que soportar las burlas de sus compañeros de armas por su torpeza como jinete y su mediocre manejo del arco. Pero las bromas pronto cesaron cuando los demás guardias se dieron cuenta que era preferible no provocar las iras de Conan ni sus poderosos puños como martillos, y a medida que su destreza como jinete y como arquero aumentó con la práctica.

Ahora Conan comenzaba a preguntarse si esta expedición podría considerarse realmente como una recompensa. El ligero escudo de cuero que sostenía en su brazo izquierdo estaba hecho una ruina, por lo que tuvo que desecharlo. En ese momento una flecha se hundió en el anca del caballo. El animal lanzó un

fuerte relincho, bajó la cabeza y se levantó en dos patas; Conan salió despedido hacia adelante, y el caballo se desbocó y desapareció.

Golpeado y maltrecho, el cimmerico se levantó a duras penas y continuó luchando a pie. Las cimitarras de sus enemigos desgarraron su manto y abrieron algunas brechas en su cota de malla y en el jubón de cuero que llevaba debajo, y Conan comenzó a sangrar por una decena de heridas superficiales.

Pero el bárbaro continuó luchando, enseñando los dientes en una sonrisa implacable, con los ojos lanzando destellos volcánicos de color azul, la cara congestionada y su negra melena al viento. Uno a uno fueron cayendo sus compañeros hasta que quedaron solamente él y Juma, el gigante negro. El kushita daba alaridos salvajes mientras blandía el extremo roto de su lanza como si fuera una maza.

Entonces algo que le pareció un martillo se alzó en medio de la roja bruma de furia enloquecida que nublabla la mente de Conan, y un pesado mandoble lo golpeó en la cabeza, abollando su casco puntiagudo y aplastando el metal contra su sien. Sus rodillas se doblaron y cedieron. Lo último que oyó fue el grito agudo y desesperado de la princesa cuando los achaparrados y sonrientes guerreros la tiraron de su palanquín y la arrojaron a la nieve teñida de rojo que cubría la ladera de la montaña. En seguida Conan cayó de bruces y perdió el conocimiento.

2. La Copa de los Dioses

Un millar de demonios rojos golpeaban la cabeza de Conan con martillos y su cráneo resonaba como si fuera un yunque al rojo vivo. Cuando fue saliendo de su inconsciencia, el cimmerico se encontró apoyado en el poderoso hombro de su camarada Juma, que sonrió al ver que recobraba el sentido y lo ayudó a ponerse en pie. Aunque le dolía terriblemente la cabeza, Conan notó que tenía fuerzas suficientes para mantenerse erguido. Luego miró desconcertado a su alrededor.

Solamente él, Juma y la princesa habían sobrevivido. Todos los demás —incluyendo a la doncella de Zosara, muerta por una flecha— se habían convertido en alimento de los feroces lobos grises de la etapa hirkania. Se encontraban en la ladera norte de los montes Talakmas, varias leguas al sur del campo de batalla. Los rodeaban unos robustos guerreros de tez morena vestidos de cuero, muchos de ellos cubiertos con vendajes. Conan notó que tenía las muñecas sujetas con grilletes de los que colgaban macizas cadenas de hierro. La princesa, que llevaba pantalones y un abrigo de seda, también estaba esposada, pero sus cadenas y grilletes eran mucho más ligeros y parecían estar hechos de plata maciza.

Juma también estaba encadenado, y en él se centraba mayormente la atención de sus captores. Éstos se amontonaban alrededor del kushita, le tocaban la piel y luego se miraban los dedos para ver si se despintaba. Uno incluso humedeció un trozo de tela en la nieve y luego lo frotó en el dorso de la mano de Juma. El kushita los miraba y sonreía.

—Jamás deben de haber visto a un negro —le dijo a Conan.

El comandante de las tropas vencedoras dio una orden y sus hombres montaron en sus caballos. La princesa fue devuelta a su litera. El comandante dijo a Conan y a Juma, en lengua hirkania mal hablada:

—¡Vosotros dos! ¡Caminad!

Así lo hicieron, con las lanzas de los azweri —que era como se llamaban sus captores— hostigándoles con frecuentes pinchazos en la espalda. La litera de la princesa se balanceaba entre dos caballos en el centro de la columna. Conan observó que el comandante de los azweri trataba a Zosara con respeto, y ella no parecía estar herida. El jefe no se mostraba rencoroso contra Conan y Juma por los estragos que habían causado en sus filas.

—¡Sois unos magníficos guerreros! —exclamó con una sonrisa.

Pero por otro lado, no dio a los prisioneros la menor posibilidad de escapar ni les permitió que quedaran rezagados para que no entorpecieran el avance de su compañía. Los obligaba a caminar a paso vivo desde poco antes del amanecer hasta después de la puesta del sol, y ante cualquier pausa respondían con un pinchazo de lanza. Conan apretó las mandíbulas y decidió obedecer, de momento.

Siguieron avanzando durante dos días por un tortuoso camino que cruzaba el centro de la cordillera. Atravesaron pasos donde los pies se hundían profundamente en la nieve que todavía no se había fundido. Allí se hacía más difícil respirar a causa de la altitud. Algunas tormentas repentinas azotaban sus andrajosas vestimentas y lanzaban grandes copos de nieve y granizo contra sus rostros. Los dientes de Juma castañeteaban. Al negro le resultaba mucho más difícil soportar el frío que a Conan, que había sido criado en un clima nórdico.

Finalmente llegaron a la ladera sur de los montes Talakmas y ante ellos se desplegaba un paisaje fantástico: un extenso valle verde que desaparecía ondulando delante de sus ojos. Era como si estuviera en el borde de un enorme plato. Debajo de ellos, unas pequeñas nubes cubrían grandes extensiones de una selva densa y verde. En medio de esta selva se veía un enorme lago o mar interior que reflejaba el azul del cielo claro y brillante.

Más allá, todo era verde hasta que la extensión se perdía en una bruma distante de color violeta. Encima se alzaba el poderoso macizo de los montes Himelias, cuyas cimas se recortaban contra el cielo azul, a cientos de leguas hacia el sur.

—¿Qué valle es éste? —preguntó Conan al oficial.

—Meru —respondió el jefe—. Los hombres también le llaman la Copa de los Dioses.

—¿Nos dirigimos hacia allí?

—Sí. Vais a la gran ciudad de Shamballah.

—¿Para qué?

—Eso lo ha de decidir rimpoche, el dios-rey.

—¿Quién es?

—Jalung Thongpa, el Terror de los Hombres y la Sombra del Cielo. Tú avanza, perro de piel blanca. No es momento de hablar.

Conan lanzó un profundo gruñido cuando la punta de la lanza le hizo apurar el paso, y juró en su interior que algún día le enseñaría a ese dios-rey lo que era el terror. Se preguntó cómo le sentaría a aquella divinidad medio metro de acero en sus entrañas... Pero ese momento feliz sólo existía en el futuro.

Continuaron descendiendo hacia el prodigioso valle. El aire se hacía más cálido y la vegetación más densa. Al finalizar el día, se encontraban caminando por una tierra de selvas lujuriosas y bosques pantanosos que bordeaban el camino con densas masas de color verde oscuro salpicadas de árboles en flor de colores brillantes. Los monos parloteaban en los árboles. Los insectos zumbaban y picaban. Las serpientes y los lagartos se arrastraban a medida que el grupo se acercaba por el camino.

Era la primera vez que Conan veía una selva tropical, y no le gustó. Los insectos le molestaban y el sudor cubría todo su cuerpo. Juma, sin embargo, sonreía mientras respiraba hondo y llenaba sus enormes pulmones de aire cálido.

—Es como mi tierra —declaró.

Conan miraba en silencio impresionado por el fantástico paisaje de la verde selva y de los húmedos pantanos. Comenzaba a creer que este imponente valle de Meru era realmente la morada de los dioses, donde habían vivido desde la creación del mundo. Jamás había visto árboles parecidos a aquellas colosales cicadáceas y secoyas, que parecían llegar hasta el cielo. Se preguntó cómo era posible que semejante selva tropical estuviera rodeada de montañas eternamente cubiertas de nieve.

En determinado momento un tigre cruzó en silencio por delante de ellos; era un animal monstruoso de casi tres metros de largo con colmillos que parecían dagas. La princesa Zosara, que lo vio desde su litera, lanzó un grito. Hubo una pequeña conmoción entre los azweri mientras preparaban sus armas. El tigre, que aparentemente consideró que el grupo era demasiado grande para él, se escabulló hacia el interior de la selva tan sigilosamente como había aparecido.

Más tarde, la tierra tembló con un extraño galope. Una enorme bestia irrumpió desde los matorrales lanzando un fuerte bufido y se detuvo en el camino. Era gris y de formas redondeadas, semejante a un enorme peñasco; parecía un inmenso cerdo con la piel cayéndole en pliegues por los costados. De su hocico sobresalía un cuerno grueso y curvado de casi medio metro de largo. La bestia se detuvo para observar la cabalgata con ojillos de cerdo y aire estúpido y luego, después de lanzar otro bufido, se internó entre la maleza.

—Es el nariz-cuerno —dijo Juma—. También los hay en Kush.

La selva se transformaba en una amplia extensión de costas que bordeaban el lago azul o mar interior que Conan había visto desde las alturas. Durante algún tiempo siguieron por las márgenes de aquella masa de agua desconocida, que los azweri llamaban Sumeru Tso. Finalmente, del otro lado de la bahía, divisaron las murallas, cúpulas y agujas de las torres de una ciudad construida en piedra rosácea, que se alzaba en medio de campos y caminos, entre la selva y el mar.

—¡Shamballah! —exclamó el comandante de los azweri. Como un solo hombre, los captores bajaron de los caballos, se arrodillaron y tocaron la húmeda tierra con la frente, mientras Conan y Juma se miraron extrañados.

—¡Aquí viven los dioses! —dijo el jefe—. Caminad de prisa ahora. Si hacéis que nos retrasemos, ellos os desollarán vivos. ¡Rápido! ¡Daos prisa!

3. La Ciudad de las Calaveras

Las puertas de la ciudad eran de bronce antiguo cubierto con una capa verdosa que había formado el tiempo; tenían el aspecto de una gigantesca calavera humana con cuernos. Unas ventanas cuadradas y protegidas por barrotes que había encima del portal constituían las cuencas de los ojos, y un poco más abajo había rejas en forma de rastrillo que semejaban los dientes sonrientes de unas mandíbulas reseca. El jefe de los pequeños guerreros hizo sonar su trompeta de bronce, el rastrillo se alzó y la caravana entró en la ciudad desconocida.

Allí todo estaba construido y tallado en piedra rosácea. La arquitectura era barroca, llena de esculturas y frisos en los que destacaban en relieve demonios, monstruos y dioses de muchos brazos. Había rostros gigantes de piedra rojiza que miraban hacia abajo desde los lados de las torres, que terminaban en afiladas agujas.

A dondequiera que mirara, Conan veía tallas en forma de calaveras humanas por todas partes. Estaban esculpidas en los dinteles de las puertas; colgaban de las cadenas de oro sujetas en torno al cuello amarillocobrizo de los meruvios, cuyo único atuendo, tanto para hombres como para mujeres, era una corta faldilla. Aparecían en los escudos de los guardias que se encontraban en las puertas y en la parte delantera de sus cascos de bronce.

El grupo siguió avanzando por las amplias avenidas perfectamente planificadas de aquella fantástica ciudad. Los semidesnudos meruvios les abrían paso lanzando breves miradas curiosas a los dos fornidos prisioneros y a la litera de caballos en la que viajaba la princesa. Entre la multitud de ciudadanos de pecho desnudo se veía, como sombras de color carmesí, a unos sacerdotes de cabeza rapada y cubiertos de la cabeza a los pies con amplias túnicas de una diáfana tela roja.

Delante de ellos, entre las plantaciones de árboles cubiertos de flores de color escarlata, azul y dorado, se alzaba el palacio del dios-rey. Tenía la forma de un cono gigantesco o de una aguja que surgía de una base plana y circular. Construida enteramente en piedra roja, la redondeada pared de la torre ascendía en espiral como un extraño caracol cónico. En cada una de las piedras del parapeto de forma espiralada había una calavera humana esculpida. El palacio daba la impresión de ser una gigantesca torre construida con cabezas de muertos. Zosara apenas pudo reprimir un estremecimiento al contemplar estos siniestros ornamentos, y hasta Conan apretó los dientes con gesto hosco.

Entraron por otra puerta en forma de calavera, y de allí fueron pasando por macizas paredes de piedra y por enormes habitaciones hasta llegar al salón del trono del dios-rey. Los azweri, manchados y sucios del polvo del camino, iban detrás, en tanto que una pareja de guardias dorados, armados con alabardas ornadas, tomaron a cada uno de los prisioneros del brazo y los condujeron hasta el trono.

El trono se hallaba sobre un estrado de mármol negro y estaba hecho de una enorme pieza de jade pálido, esculpido con tallas formando sartas y cadenas de calaveras entrelazadas creando diseños

fantásticos. Sobre este sillón macabro de color verde pálido estaba sentado el monarca semidivino que había hecho llevar a los prisioneros a aquel mundo desconocido.

A pesar de la seriedad de la situación, Conan no pudo reprimir una sonrisa. Porque el rimpoche Jalung Thongpa era un hombre bajo y gordito, patizambo, que sentado apenas llegaba al suelo. Su enorme vientre estaba cubierto por un fajín de tela dorada, lleno de piedras preciosas. En sus brazos desnudos, gruesos y fofos había una docena de brazaletes de oro y sus dedos rechonchos estaban cubiertos por numerosos anillos relucientes.

La cabeza calva que coronaba su cuerpo deforme era terriblemente fea, con papadas fofas y labios que colgaban dejando entrever unos dientes torcidos y amarillentos. Ceñía su frente una especie de casco puntiagudo, una especie de corona de oro macizo e incrustada de rubíes. La cabeza del hombrecillo parecía doblarse a causa de su peso.

Conan miró de cerca al dios-rey y pudo apreciar que Jalung Thongpa era deforme de una manera muy singular. Un lado de su rostro era muy distinto del otro. La piel floja colgaba del hueso y tenía un ojo inexpresivo y velado, mientras que el otro brillaba con una expresión de inteligencia maligna.

El ojo bueno del rimpoche se clavó en Zosara, ignorando a los dos gigantes guerreros que la acompañaban. Junto al trono había un hombre alto y demacrado que vestía la túnica escarlata de los sacerdotes meruvios. Debajo de su cráneo afeitado unos ojos fríos y verdes observaban la escena con fría indiferencia. El dios-rey se volvió hacia él y le dijo algo en voz aguda y chillona. Por las pocas palabras en lengua meruvia que Conan había logrado aprender de los azweri, el bárbaro dedujo que el sacerdote alto era el hechicero mayor del rey, o sea, Tanzong Tengri, el gran chamán.

Conan también adivinó, por lo que pudo captar de la conversación, que, mediante su magia, el chamán había previsto la llegada de la caravana que escoltaba a la princesa Zosara hasta el país de su futuro esposo Kuigar, y había transmitido su visión al dios-rey. Dominado por una vulgar y humana lujuria al ver a la esbelta muchacha turania, Jalung Thongpa había enviado a la tropa de jinetes azweri para que la trajeran a su harén.

Eso era todo lo que Conan deseaba saber. Durante siete días, desde el momento de la captura, lo habían empujado, molestado y hostigado. Había caminado sin parar y, después de mucho aguantar, estaba a punto de estallar.

Los dos guardias que lo flanqueaban miraban hacia el trono con profundo respeto, con los ojos bajos, y prestaban toda su atención al rimpoche, que en cualquier momento podía dar una orden. Conan movió un poco las cadenas que rodeaban sus muñecas. Eran demasiado gruesas para romperlas por la fuerza; ya lo había intentado en los primeros días de su cautiverio y había fracasado.

Entonces acercó ambas muñecas sin hacer ruido, de modo que las cadenas colgasen hacia abajo formando una especie de lazo de medio metro. Luego giró y movió súbitamente los brazos hacia arriba por encima de la cabeza del guardia que tenía a su izquierda. Los eslabones de la cadena, actuando a modo de látigo, dieron al guardia en pleno rostro y lo enviaron trastabillando hacia atrás, sangrando por la nariz rota.

Ante el primer movimiento violento de Conan, el otro guardia se volvió hacia él y bajó la punta de su alabarda en posición de alerta. Pero Conan la inmovilizó con la cadena y de un tirón lo dejó desarmado.

Con otro golpe de la cadena hizo retroceder a un tercer guardia, que se apretaba la boca por la que escupía sangre y dientes rotos. Los pies de Conan estaban encadenados demasiado juntos para permitirle dar un paso normal, pero saltó desde el suelo hacia el estrado con los pies juntos, como un sapo. En dos de estos grotescos brincos, Conan se encontró encima del estrado y apretó con sus manos el grueso cuello del pequeño dios-rey sentado encima del montón de cráneos. El rimpoche lo miró con el ojo bueno desorbitado por el terror y su cara se puso azul debido a la presión de los dedos de Conan sobre su tráquea.

Algunos guardias y cortesanos corrieron de un lado a otro gritando de pánico, y otros se quedaron paralizados de espanto al ver que aquel gigantesco extranjero osaba poner sus violentas manos encima de la divinidad.

—¡Un solo movimiento hacia mí y liquido a este sapo gordo! —dijo Conan con un gruñido.

El gran chamán era el único que no había dado muestras de pánico ni de sorpresa cuando el harapiento muchacho atacó como un remolino de furia. Hablando en perfecto hirkanio, preguntó:

—¿Qué deseas, bárbaro?

—¡Libertad a la muchacha y al negro! Entregadnos caballos y abandonaremos vuestro maldito valle para siempre. ¡Si os negáis o tratáis de engañarnos, dejaré a vuestro pequeño rey reducido a una pulpa!

El chamán asintió con la cabeza que parecía una calavera. Sus ojos verdes eran fríos como el hielo y su cara parecía una máscara de piel estirada de color azafrán. Con gesto imperioso, alzó su tallada vara de ébano.

—Liberad a la princesa Zosara y al cautivo de piel negra —ordenó con absoluta serenidad.

Los siervos pálidos y temerosos se apresuraron a cumplir la orden. Juma lanzó un gruñido de satisfacción frotándose las muñecas. A su lado, la princesa temblaba. Conan empujó el flácido cuerpo del rey delante de él y se dispuso a bajar del estrado.

—¡Conan! —gritó Juma—. ¡Cuidado!

El cimmerico giró en redondo, pero era demasiado tarde. El gran chamán actuó con la rapidez de una cobra que se dispone a atacar. Cuando Conan estaba en el borde del estrado, el sacerdote le dio un pequeño golpe con su vara de ébano y rozó su hombro, donde asomaba la piel a través de los jirones de su túnica harapienta. Conan no pudo hacer nada. Un profundo sopor le inundó el cuerpo, como el veneno de una víbora. Se le nubló la mente, su cabeza cayó apoyada sobre el pecho y se desplomó. El pequeño dios-rey, medio asfixiado, se liberó de su férrea mano.

Lo último que oyó Conan fue el rugido del negro cuando era dominado por una multitud de hombres de cuerpos cobrizos que se abalanzaron al unísono sobre él.

4. El Barco de Sangre

La atmósfera viciada y quieta de la mazmorra era demasiado cálida y apestaba. El hedor procedía principalmente de los cuerpos apretujados y sudorosos. Unos veinte hombres desnudos se hacinaban en el asqueroso agujero rodeados de enormes bloques de piedra de varias toneladas de peso. La mayoría de los prisioneros eran meruvios bajos y de tez morena, que yacían tendidos en el suelo con gesto apático. También había algunos rollizos guerreros azweri de ojos rasgados que cuidaban el valle sagrado, un par de hirkianos de nariz aguileña, Conan el cimmerico y su gigantesco camarada negro, Juma. Cuando la vara del gran chamán lo dejó inconsciente y los demás guardias hubieron dominado al poderoso Juma, el furioso dios-rey ordenó que pagaran su delito con la pena mayor.

Pero en Shamballah la pena mayor no era la muerte, que según la creencia meruvia sólo liberaba el alma para su próxima reencarnación. La esclavitud era considerada como algo mucho peor, ya que despojaba al hombre de la característica humana esencial: su individualidad. Por ello fueron condenados sumariamente a la esclavitud.

Al pensar en ello, Conan lanzó un gruñido y sus ojos brillaron amenazadores. Notando su irritación, Juma, que estaba encadenado junto a él, rió entre dientes. Conan fulminó con la mirada a su compañero, pues a veces el humor del gigante lo exasperaba. Para un cimmerico nacido libre, no había peor castigo que la esclavitud.

Por el contrario, para los kushitas, la esclavitud no era nada nuevo. Los negreros habían arrebatado a Juma de los brazos de su madre cuando era un niño, y lo llevaron arrastrándose desde las densas selvas de Kush hasta los mercados de Shem. Durante algún tiempo Juma trabajó en el campo, en una granja shemita. Y luego, al iniciarse su impresionante desarrollo físico, fue vendido como aprendiz de gladiador en el coliseo de Argos.

Por su victoria durante los juegos que celebraban el triunfo del rey Milo de Argos sobre el rey Ferdruga de Zingara, le concedieron la libertad. Vivió algún tiempo en diversos países hibóreos dedicado al robo y a otras actividades semejantes. Más tarde se dirigió al este y llegó a Turan, donde su gran estatura y su destreza en el combate le sirvieron para conseguir un puesto entre los mercenarios del rey Yildiz.

Allí conoció al joven Conan y se hicieron amigos por ser los hombres más altos de la tropa y por provenir de tierras muy lejanas, además de ser los únicos miembros de sus respectivas razas en aquel país. Su amistad los había llevado ahora a las mazmorras de Shamballah, y no tardaría en conducirlos a la indignidad más absoluta: la del mercado de esclavos. Allí serían expuestos desnudos bajo el sol, y los posibles compradores los palparían y examinarían mientras el mercader elogiaba su fuerza.

Los días transcurrían lentamente, como serpientes heridas que arrastran penosamente su cola por el polvo. Conan, Juma y los demás presos dormían, y sólo despertaban para recibir los platos de nauseabundo arroz que les entregaban sus guardianes. Se pasaban el tiempo dormitando y peleando lánguidamente.

Conan tenía curiosidad por saber algo más acerca de aquellos meruvios, ya que en sus viajes jamás había encontrado individuos de esa raza. Éstos habitaban en el valle oculto como hicieran sus antepasados desde la noche de los tiempos. Nunca tuvieron contacto con el exterior, ni lo deseaban.

El cimmerico se hizo amigo de un meruvio llamado Tashudang, de quien aprendió algunas palabras de su musical lenguaje. Cuando le preguntó por qué llamaban dios a su rey, Tashudang respondió que el monarca

tenía diez mil años de edad y que su espíritu se había encarnado en diferentes cuerpos en cada una de sus vidas. Conan se mostró escéptico al respecto, pues conocía las mentiras que contaban los reyes de otros países acerca de sí mismos, pero se reservó prudentemente su opinión. Cuando Tashudang se quejó con resignación de la opresión que ejercían el rey y sus chamanes, Conan le preguntó:

—¿Por qué no os unís tú y tus compatriotas y arrojáis a esa pandilla al lago Sumeru Tso, y luego os gobernáis vosotros mismos? Eso es lo que habríamos hecho en mi tierra, si alguno de los nuestros hubiera intentado tiranizarnos.

Tashudang le miró asombrado.

—¡No sabes lo que dices, extranjero! —repuso—. Hace muchos siglos, según cuentan los sacerdotes, esta tierra era mucho más alta de lo que es ahora. Se extendía desde la cima de los montes Himelias hasta la de los montes Talakmas como una altiplanicie ilimitada cubierta de nieve y azotada por vientos gélidos. Lo llamaban el Techo del Mundo.

»Entonces Yama, el Rey de los Demonios, decidió crear este valle para que nosotros, su pueblo elegido, habitásemos en él. Mediante un poderoso hechizo hizo que se hundiera la tierra. El suelo se estremeció bajo el fragor de miles de truenos, la roca fundida surgió de las entrañas de la tierra, se hundieron las montañas y se incendiaron los bosques. Cuando todo hubo concluido, el valle se encontraba entre las colinas, como ahora. Puesto que ya eran tierras bajas, el clima se volvió cálido y crecieron plantas y se criaron animales de tierras templadas. Luego Yama creó a los primeros meruvios y los colocó en el valle para que vivieran siempre en él. Y convirtió a los chamanes en jefes y guías espirituales de nuestro pueblo.

»En ocasiones, los chamanes olvidan sus deberes y nos tiranizan, como vulgares hombres codiciosos. Pero seguimos obedeciendo la orden de Yama de respetar a los sacerdotes. Si no lo hiciéramos, el hechizo de Yama desaparecería y esta tierra volvería a las alturas, a las cumbres de las montañas, y se convertiría en una estepa helada. Así pues, aunque nos opriman, nunca osaremos rebelarnos contra los chamanes.

—Bueno —dijo Conan—, si ese pequeño y asqueroso sapo es la idea que vosotros tenéis de lo que es un dios...

—¡Oh, no! —exclamó Tashudang con los ojos desorbitados por el miedo—. ¡Eso no! ¡Él es sólo el hijo del gran dios Yama, y cuando conjura a su padre, el dios viene!

Tashudang escondió su rostro entre las manos y Conan no pudo sacarle más palabras ese día.

Los meruvios eran una raza extraña. Tenían una lasitud de espíritu, un fatalismo apático que les hacía agachar la cabeza ante todo lo que ocurría como si estuviera predestinado por sus crueles y misteriosos dioses. Creían que cualquier resistencia ante el destino sería castigada, si no en seguida, en la próxima reencarnación.

No era fácil obtener información de ellos, pero el cimmerico siguió preguntándoles incansablemente. En primer lugar, eso le ayudaba a pasar los días interminables, y por otro lado, no pensaba permanecer esclavo durante mucho tiempo, por lo que toda información que pudiera obtener acerca del oculto reino y de sus habitantes sería de gran valor cuando él y Juma intentaran volver a la vida libre. Por último, Conan sabía lo importante que era dominar un poco la lengua local. Aunque no era estudioso por naturaleza, el

bárbaro aprendía a hablar con los extranjeros con facilidad. Ya se expresaba con cierta soltura en algunas de las principales lenguas, y sabía leer y escribir en varias de ellas.

Finalmente llegó el día fatídico en que los capataces vestidos de cuero negro se acercaron a los esclavos a grandes zancadas y los hicieron salir de la mazmorra a latigazos.

—¡Ahora veremos el precio que van a pagar los príncipes de la Tierra Sagrada por vuestro torpe esqueleto, cerdos extranjeros! —dijo uno de ellos, que dejó una enorme marca en la espalda de Conan con su látigo.

Los rayos del sol quemaban la piel del bárbaro como si fueran flechas de fuego. Después de haber estado tanto tiempo en la oscuridad, la luz del día era una tortura insoportable. Después de la subasta los condujeron hasta la cubierta de una gran galera que estaba amarrada junto al gran embarcadero de Shamballah. Conan apartó la cabeza del sol y lanzó una maldición entre dientes. Ésa era, pues, la suerte que le esperaba: remar hasta morir.

—¡Bajad a la bodega, perros! —ordenó el capataz del barco, golpeando a Conan—. ¡Sólo los hijos de Yama pueden estar en cubierta!

Sin pensarlo dos veces, el bárbaro se puso en acción. Lanzó un fuerte puñetazo contra el enorme vientre del capataz y cuando el aire comenzó a silbar en sus pulmones, el cimmerico le dio otro golpe en la mandíbula, que lo dejó tendido en la cubierta. Juma gritaba lleno de gozo detrás de Conan, luchando por unirse a éste.

El comandante de la nave dio una orden y en un momento las puntas de una decena de alabardas, empuñadas por pequeños y fornidos marinos meruvios, se alzaron contra el cimmerico. Conan se quedó inmóvil en medio de aquel círculo de acero, mientras sus labios lanzaban un gruñido amenazador. Finalmente logró dominar su ira, pues se dio cuenta que cualquier movimiento podría costarle la vida.

Hizo falta un cubo de agua fría para reanimar al capataz. Éste se puso en pie con dificultad, resoplando como una morsa, mientras el agua corría por su rostro empapando su rala barba negra. Observó a Conan con una furia demencial, luego sus ojos se enfriaron y le miró con expresión venenosa.

El oficial comenzó a dar una orden a los marinos:

—¡Matad a ese...!

Pero el capataz lo interrumpió diciendo:

—No, no lo matéis. La muerte sería un castigo demasiado benigno para este maldito. Yo haré que me suplique que lo liberemos de sus sufrimientos.

—¿Y bien, Gorthangpo? —dijo el oficial.

El capataz echó una mirada hacia el sótano de los remeros, en el que se hacinaban unos cien hombres desnudos, de piel renegrida. Estaban delgadísimos y exangües, y en sus espaldas dobladas se veían las marcas de miles de latigazos. El barco tenía un largo banco de remeros a cada lado. Algunos iban encadenados de dos en dos a los remos, y otros de a tres, según su corpulencia y sus fuerzas. Gorthangpo señaló un banco del centro, sobre el que se hallaban inclinados tres viejos canosos y esqueléticos.

—¡Encadenadlo a ese remo! —dijo Gorthangpo—. ¡Estos cadáveres vivientes están acabados y ya no nos sirven! El extranjero necesita ejercitar un poco los brazos, y doy fe que podrá hacerlo. ¡Y como no siga el ritmo, le abriré la espalda hasta la medula!

Mientras Conan observaba impasible, los marinos soltaron las cadenas que unían a los ancianos al remo. Los tres gritaron aterrados cuando fueron arrojados por la borda. Cayeron al agua ruidosamente y se hundieron sin dejar ni rastro, salvo las burbujas que ascendían a la superficie.

Conan fue encadenado a ese remo, y tendría que remar por los tres. Mientras lo sujetaban al sucio banco, el capataz le miró con gesto hosco y dijo:

—Vamos a ver cómo manejas el remo, muchacho. Tendrás que remar y remar hasta que se te rompa la espalda..., y después un poco más. Y cada vez que aflojes, te recordaré cuál es tu tarea de este modo.

El capataz alzó el brazo, desenrolló el látigo y después golpeó al cimmerico cortando el aire con un silbido. El dolor era semejante al de un hierro al rojo vivo sobre la carne, pero Conan no movió ni un músculo, como si no sintiera nada; tal era su férrea voluntad.

Gorthangpo lanzó un gruñido y el látigo volvió a chasquear. Esta vez una de las comisuras de la boca del bárbaro se estremeció, pero él siguió mirando fijamente hacia el vacío. Luego hubo un tercer latigazo, y un cuarto. La frente de Conan estaba cubierta de sudor, que resbalaba hasta sus ojos, y su espalda sangraba. Pero no emitió ni un solo quejido.

—¡Ánimo! —le susurró Juma por detrás.

Entonces se oyó una orden desde el puente. El capitán quería zarpar. El capataz abandonó a regañadientes su propósito de destrozarse a latigazos la espalda del bárbaro.

Los marinos desamarraron las cuerdas que sujetaban el barco al muelle. A popa de los bancos de remeros, pero a la misma altura y a la sombra de la pasarela que se hallaba encima de los esclavos, se encontraba un meruvio desnudo sentado detrás de un gran timbal. Cuando la nave se hubo alejado del muelle, el meruvio alzó un mazo de madera y comenzó a golpear en el timbal. A cada golpe, los condenados se inclinaban sobre el remo, luego se ponían de pie, enderezaban la espalda y se dejaban caer hacia atrás de modo que su propio peso los echara nuevamente sobre los bancos. Después se volvían a agachar y repetían la operación. Conan se adaptó en seguida al ritmo, al igual que Juma, que estaba encadenado al remo que había detrás.

El bárbaro jamás había estado en un barco. Mientras impulsaba el remo, miró fijamente a su alrededor y vio a los indiferentes galeotes con las espaldas llenas de cicatrices que hacían grandes esfuerzos sobre los hediondos bancos, cubiertos con sus propios excrementos. La galera era baja en el centro, donde se encontraban los esclavos; allí la borda estaba muy cerca del agua. Era más alta en la proa, donde se hallaban los marinos, y también en la popa, en la que se encontraban las habitaciones de los oficiales. Había un solo mástil en la parte central. La verga de la única vela triangular, así como la vela misma, estaba sobre la pasarela, por encima de los remeros.

Cuando el barco se hubo alejado del puerto, los marinos desataron la vela y la izaron tirando de las drizas mientras entonaban una canción de mar. La vela roja y dorada se abrió ascendiendo poco a poco. Puesto que el viento era suficiente para impulsar la nave, se dio un respiro a los galeotes.

Conan notó que toda la galera estaba construida con una madera de color rojo oscuro. Al mirar con los ojos entrecerrados, tuvo la impresión que la nave había sido sumergida en sangre. Entonces oyó el chasquido de un látigo encima de él, mientras el capataz gritaba:

—¡Más rápido, perro holgazán!

Otro latigazo cruzó los hombros de Conan.

«Es un barco de sangre —pensó para sus adentros—, de sangre de esclavos.»

5. La Luna de los Villanos

Durante siete días Conan y Juma sudaron sobre los enormes remos de la galera roja, que hacían avanzar la nave por las costas del mar interior de Sumeru Tso, fondeando por la noche en cada una de las siete ciudades sagradas de Meru: Shondakor, Thogara, Auzakia, Issedon, Paliana, Throana y finalmente, después de haber dado una vuelta completa al mar, nuevamente a Shamballah. Aunque ambos hombres eran fuertes, no pasó mucho tiempo hasta que la incesante actividad les llevó al borde del agotamiento. Les dolían los músculos y se sentían incapaces de hacer más esfuerzos. Sin embargo, el incansable timbal y el sibilante látigo los hacían seguir.

Una vez al día los marinos subían cubos de agua fría y salada por la borda y con ella mojaban a los exhaustos esclavos. Y una vez al día, cuando el sol se hallaba en el cenit, les daban un plato de arroz y una jarra de agua. Por la noche dormían sobre los remos. Aquella rutina invariable y bestial socavaba la voluntad de los remeros y obnubilaba su mente, convirtiéndolos en autómatas sin alma.

Aquello hubiera acabado con la voluntad de cualquier hombre, menos con la del cimmerico. El joven no cedió ante el golpe abrumador del destino, como ocurría con los apáticos meruvios. El agotador esfuerzo con los remos, el tratamiento brutal, la indignidad de los bancos hediondos, en lugar de disminuir la fortaleza de Conan, contribuían a alentar el fuego que ardía en su interior.

Cuando la nave hubo llegado nuevamente a Shamballah y echó el ancla en el gran puerto, Conan había alcanzado el límite de su paciencia. La noche era oscura y apacible. La luna nueva, como una fina cimitarra plateada, estaba muy baja en el horizonte y emitía un tenue fulgor. Estaba a punto de ocultarse. En los países occidentales la llamaban «luna de villanos», porque los asaltantes de caminos elegían esas noches para sus actividades, así como los asesinos y los ladrones. Inclclinados sobre sus bancos, y aparentemente dormidos, Conan y Juma hablaban con los esclavos meruvios acerca de una posible evasión.

En la galera, los pies de los esclavos no estaban encadenados, pero tenían las muñecas sujetas por grilletes unidos por una cadena, y ésta estaba fijada al remo por un anillo. Aunque el anillo resbalaba libremente a lo largo del remo, se detenía en el extremo exterior por un tope, y en el otro por una abrazadera de plomo. Conan había comprobado la resistencia de la cadena y de los grilletes, pero no pudo hacer nada a pesar de su tremenda fuerza, que había aumentado en aquellos siete días de remar sin descanso. De todos modos, hacía planes de rebelión con los demás.

—Si conseguimos atraer a Gorthangpo a nuestro nivel —dijo con un susurro tenso—, podremos destrozarlo con uñas y dientes. Él tiene en su poder las llaves de nuestros grilletes; mientras los abrimos, los

marinos nos matarán a algunos de nosotros, pero una vez libres, puesto que los superamos en número en la proporción de cinco o seis contra uno...

—¡No hables de eso! —murmuró el meruvio que estaba más cerca de él—. ¡Ni siquiera pienses en ello!

—¿Acaso no estás interesado? —inquirió Conan asombrado.

—¡No! El mero hecho de hablar de tal violencia me estremece hasta los huesos.

—A mí me ocurre lo mismo —dijo otro—. Los sufrimientos que padecemos nos han sido enviados por los dioses como justo castigo por algún daño que hicimos en una vida anterior. Luchar contra ello no sólo sería inútil, sino una terrible blasfemia. Te ruego, bárbaro, que ceses tu sacrílega conversación y te sometas humildemente a tu destino.

Tal actitud iba muy en contra del temperamento del cimmerico, y tampoco Juma era un hombre que se inclinara dócilmente ante los embates del destino. Pero los meruvios no querían escuchar sus argumentos. Hasta el mismo Tashudang, locuaz y afable en comparación con los demás, le rogó al bárbaro que no hiciera nada que pudiera encolerizar a Gorthangpo, el capataz, para que no atrajese sobre ellos un castigo de los dioses peor que el que habían recibido.

Los argumentos del cimmerico se vieron interrumpidos por el chasquido de un látigo. Al oír el murmullo de la conversación, Gorthangpo se acercó por la pasarela en la oscuridad. De las breves palabras que escuchó, dedujo que se estaba fraguando un motín. Su látigo golpeó con un silbido la espalda de Conan.

El cimmerico había llegado al límite de lo que podía soportar. Dio un salto felino y tomó el extremo del látigo del capataz quitándoselo de las manos. Gorthangpo lanzó un grito para prevenir a los marinos.

Conan todavía no sabía cómo podría liberar el anillo de hierro de su remo. En medio de su desesperación, tuvo una idea. La construcción del remo limitaba el movimiento vertical del guión a una altura de menos de tres metros por encima de la cubierta sobre la que se encontraba. Empujó el remo cuanto pudo hacia arriba, se subió al banco e, inclinándose, tiró con todas sus fuerzas del guión. Se oyó un fuerte crujido y el remo se partió en dos. El bárbaro extrajo rápidamente el anillo del remo, que le podría servir de arma, pues era del tamaño de un hombre, con una cabeza de plomo muy pesada en su extremo.

El primer golpe le dio al asustado capataz en un lado de la cabeza. Su cráneo estalló como un melón, esparciendo una lluvia de sangre y de sesos desmenuzados por el suelo. Luego Conan saltó a la pasarela para enfrentarse con los marinos. Más abajo, en sus bancos, los cobrizos meruvios se acurrucaban rezando en voz baja quejumbrosas plegarias a sus dioses malignos. Sólo Juma imitó al cimmerico, rompió el remo y liberó el anillo.

Los marinos también eran meruvios, lánguidos y fatalistas como los demás. Jamás se habían tenido que enfrentar a un motín de los galeotes; no creían que eso fuera posible. Y contaban mucho menos aún con tener que hacer frente a un joven y fornido gigante armado con una enorme maza. A pesar de ello acudieron con bastante valentía, si bien el tamaño de la pasarela no les permitía acercarse a Conan más que de dos en dos.

Conan alzó nuevamente su arma aterradora, y del primer golpe salió despedido un marino contra los bancos con el brazo roto. El segundo lanzó a otro a un rincón con el cráneo deshecho. Alguien acercó una

alabarda amenazadora al pecho del bárbaro, y éste hizo saltar el arma de las manos de quien la sostenía y con el siguiente mazazo lanzó a dos soldados a la vez fuera de la pasarela. El de la alabarda tenía las costillas rotas y el otro cayó empujado por su propio compañero.

En ese momento subió Juma. El torso negro y desnudo del kushita relucía como ébano brillante bajo la tenue luz. Agitaba el remo contra los meruvios como si fuera un alfanje. Los marinos, incapaces de contener a aquel par de gigantes, echaron a correr para ponerse a salvo en el puente de popa, donde los oficiales, que se habían despertado con el alboroto, daban órdenes en medio del desconcierto general.

El cimmerico se inclinó sobre el cadáver de Gorthangpo y buscó las llaves. Extrajo rápidamente la que servía para todos los grilletes y abrió el suyo, haciendo en seguida lo mismo con el de Juma.

Entonces se oyó el silbido de una flecha, que fue a clavarse en un mástil por encima de la cabeza de Conan. Los dos gigantes decidieron no proseguir aquella lucha. Bajaron de la pasarela, cruzaron entre las filas de galeotes y, saltando sobre la borda, desaparecieron en las oscuras aguas del puerto de Shamballah. Los marinos lanzaron algunas flechas más sobre ellos, pero a la tenue luz de la luna los arqueros no podían hacer otra cosa que disparar al azar.

6. El Túnel de la Muerte

Los dos hombres desnudos salieron empapados del agua y miraron cautelosamente a su alrededor en la semioscuridad. Tenían la sensación de haber nadado durante horas, y esperaban encontrar la forma de entrar en la ciudad de Shamballah sin ser vistos. Finalmente hallaron la salida de una de las alcantarillas de la antigua ciudad de piedra. Juma aún llevaba consigo un trozo de remo que había usado para luchar contra los marinos del barco. Conan, sin embargo, había dejado el suyo allí. De cuando en cuando entraban a la cloaca unos rayos de luz de la calle a través de una rejilla que había encima de ellos. Pero la luz era tan tenue que después de dar unos pasos penetraron en una zona de oscuridad total. Así pues, los dos amigos avanzaron por las asquerosas aguas buscando una salida.

A su paso, las enormes ratas chillaban y salían huyendo a toda velocidad. Podían ver sus ojos relucientes en la oscuridad. Uno de estos inmensos roedores mordió a Conan en el tobillo, pero éste agarró al animal, lo aplastó con sus manos y lanzó su cuerpo destrozado encima de las ratas más precavidas. Éstas lanzaron un chillido e inmediatamente comenzaron a pelearse por la presa, mientras Conan y Juma seguían avanzando rápidamente por los sinuosos túneles.

Fue Juma quien encontró el pasadizo secreto. Deslizando una mano por la pared, abrió accidentalmente una aldaba y lanzó un bufido de sorpresa cuando una de las piedras cedió bajo la presión de su mano. Aunque ninguno de los dos sabía hacia dónde conducía el pasadizo, se adentraron en él, porque daba la impresión que desembocaba en una de las calles que se hallaban encima de ellos.

Finalmente, después de subir durante un breve lapso, llegaron a otra puerta. Anduvieron a tientas en la más absoluta oscuridad hasta que Conan encontró un cerrojo, que abrió. La puerta cedió con un chirrido de goznes herrumbrosos y los dos fugitivos salieron a la calle y se quedaron estupefactos.

Se encontraban en un balcón adornado con estatuas de dioses o demonios de un enorme templo octogonal. Las paredes de la habitación principal se curvaban por encima del balcón formando una cúpula

de ocho lados. Conan recordó haber visto una cúpula semejante en alguno de los edificios más pequeños de la ciudad, pero nunca averiguó lo que había en ella.

Abajo, en uno de los lados del suelo octogonal, había una estatua impresionante apoyada sobre una peana de mármol negro, frente a un altar que se encontraba en el centro exacto de la habitación. La estatua dominaba toda la estancia. Tenía unos diez metros de alto, y sus lados estaban a nivel del balcón en el que se encontraban Conan y Juma. Era un ídolo gigante de una piedra verde que parecía jade, aunque nadie había visto jamás un bloque tan enorme de jade. Tenía seis brazos, y sus ojos eran rubíes inmensos.

Frente a la estatua había un trono de calaveras, como el que Conan había visto en el salón del palacio a su llegada a Shamballah, pero más bajo. En el trono estaba sentado el pequeño dios-rey de Meru. Al mirar sucesivamente la cara del ídolo y la del gobernante, Conan creyó ver cierta horrorosa similitud. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se le erizaron los pelos de la nuca ante la posibilidad que detrás de esta semejanza hubiera secretos cósmicos inimaginables.

El rimpoche estaba realizando un ritual. Los chamanes vestidos con túnicas de color escarlata estaban arrodillados en fila alrededor del trono y del altar, cantando plegarias antiguas y formulando hechizos. Detrás de ellos, contra las paredes de la habitación, había varias filas de meruvios sentados con las piernas cruzadas sobre el suelo de mármol. Por las joyas que llevaban y por su indumentaria lujosa aunque escasa, daba la impresión que eran los oficiales y nobles del reino. Encima de sus cabezas y alrededor del balcón había unas cien antorchas encendidas colocadas sobre soportes que había en las paredes. En el altar había cuatro candeleros de pie con lámparas de aceite de vacilantes llamas doradas.

Sobre el altar, entre el trono y la imponente estatua se veía el cuerpo blanco, desnudo y esbelto de una joven sujeta al altar por finas cadenas de oro. Era Zosara.

Conan lanzó un gruñido en voz baja. Sus ardientes ojos llamearon con un fuego azul cuando vio las odiosas figuras del rey Jalung Thongpa y de su gran chamán, el sacerdote-hechicero Tanzong Tengri.

—¿Los atacamos? —preguntó Juma con un susurro, enseñando sus blancos dientes en la semioscuridad.

El cimmerico lanzó un gruñido.

Era el festival de la luna nueva, y el dios-rey se estaba casando con la hija del rey de Turan en el altar, ante la estatua de múltiples brazos del Gran Perro de la Muerte y el Horror, Yama el Rey Demonio. La ceremonia se realizaba según los antiguos ritos establecidos en los textos sagrados del Libro del Dios de la Muerte. El divino monarca de Meru estaba recostado en su trono de calaveras esperando plácidamente la consumación pública de sus esponsales con la esbelta muchacha turania de largas piernas, mientras los chamanes vestidos con túnicas de color escarlata recitaban en voz baja las antiguas plegarias.

En ese momento hubo una interrupción. Dos gigantes desnudos cayeron al suelo del templo desde algún lugar misterioso. Uno parecía una figura heroica de bronce que había cobrado vida, y el otro era una enorme amenaza negra cuyo cuerpo poderoso parecía esculpido en ébano. Los chamanes se quedaron paralizados en mitad de su cántico cuando vieron aparecer a estos dos diablos dando alaridos.

Conan tomó uno de los candeleros y lo arrojó sobre los chamanes. Estos lanzaron gritos de pánico y de dolor cuando vieron que las lámparas se rompían y el llameante aceite incendiaba sus diáfanos túnicas,

convirtiendo a los sacerdotes en antorchas vivientes. Hicieron lo mismo con los otros tres candeleros, creando la confusión y quemando todo lo que encontraban.

Juma saltó hacia el estrado en el que se encontraba el rey, que miraba la escena con una mezcla de temor y asombro. El lúgubre y demacrado gran chamán se enfrentó a Juma sobre los escalones de mármol dispuesto a golpearlo con su vara mágica. Pero el gigante negro todavía tenía el fragmento de remo, que lanzó con todas sus fuerzas. La vara de ébano saltó en cientos de pedazos. Un segundo golpe le dio al sacerdote-hechicero en el cuerpo y lo lanzó destrozado y moribundo hacia el caos de chamanes que corrían, gritaban y se quemaban vivos.

Entonces le llegó el turno al rey Jalung Thongpa. Juma se abalanzó con una sonrisa implacable por la escalera y se dirigió hacia el dios-rey que estaba encogido de miedo. Pero Jalung Thongpa ya no se hallaba en el trono, sino que estaba arrodillado frente a la estatua, cantando una plegaria con los brazos levantados.

Conan llegó al altar al mismo tiempo y se inclinó sobre el cuerpo desnudo y tembloroso de la aterrorizada muchacha. Las ligeras cadenas de oro eran suficientemente fuertes para sujetarla, pero no bastante resistentes para la fuerza de Conan. Lanzando un gruñido, apoyó sus pies sobre una de las cadenas y tiró con fuerza, y entonces uno de los eslabones del blando metal se estiró, se abrió y cedió, y lo mismo ocurrió con las otras tres cadenas. Conan tomó a la sollozante princesa en sus brazos y se volvió. En ese momento una sombra cayó sobre él.

El bárbaro miró sobresaltado y recordó lo que le había dicho Tashudang: «Cuando llama a su padre, ¡el dios viene!».

En ese preciso instante comprendió el alcance aterrador que tenían esas palabras. Porque los brazos del gigantesco ídolo de piedra verde se estaban moviendo y se alzaban sobre él bajo la luz vacilante de las antorchas. Los ojos-rubíes le miraron con un brillo inteligente.

7. Cuando el Dios Verde Despierta

A Conan se le pusieron los pelos de punta y sintió que se le helaba la sangre en las venas. Zosara, llorando, apoyó con fuerza su cara en el hombro del cimmerio y se aferró a su cuello. Juma también se quedó helado y puso los ojos en blanco cuando se sintió invadido por un terror supersticioso y ancestral. ¡La estatua estaba viva!

Mientras miraban, incapaces de moverse, la imagen de piedra verde levantó lentamente uno de sus pies con un crujido.

Los ojos de su enorme rostro les miraban desde diez metros de altura. Los seis brazos se movieron bruscamente, articulándose como patas de una gigantesca araña. La cosa se inclinó y siguió avanzando pesadamente; después bajó del altar sobre el que había estado acostada Zosara. Éste crujió y se desmoronó bajo el peso de toneladas de jade viviente.

—¡Por Crom! —dijo Conan casi sin aliento—. ¡Hasta las piedras están vivas y caminan en este lugar de locos! Ven, muchacha —dijo tomando a Zosara y bajando de un salto del estrado.

Detrás de él se oía el sonido inquietante del roce de piedra sobre piedra. La estatua se movía.

—¡Juma! —gritó Conan, buscando frenéticamente al kushita.

El negro todavía estaba inmóvil a un lado del trono. Encima de éste, el pequeño dios-rey apuntaba con un arma enorme incrustada de piedras preciosas contra Conan y la muchacha.

—¡Mata, Yama! ¡Mata..., mata..., mata! —gritó.

La cosa de múltiples brazos se detuvo y miró a su alrededor con sus ojos-rubíes hasta que vio a Conan. El cimmerico estaba casi enloquecido por los primitivos y oscuros terrores que había heredado de su pueblo bárbaro. Pero, como sucede con muchos bárbaros, el miedo le dio el valor de luchar contra aquello que temía. Depositó a la muchacha y levantó un banco de mármol. Sus músculos crujieron por el esfuerzo. Luego se adelantó torpemente hacia la enorme estatua viva.

—¡No, Conan! ¡Aléjate! ¡Te está viendo! —gritó Juma.

Conan estaba al lado del pie del monstruo que se acercaba. Las piernas de piedra se alzaban encima de él como columnas de un templo imponente. Con la cara congestionada por el esfuerzo, Conan levantó el pesado banco y lo lanzó sobre la pierna del dios, que se estrelló contra el tobillo de la estatua con un impacto impresionante. El mármol se cubrió de infinitas grietas. Se acercó aún más, volvió a tomar el banco y lo arrojó nuevamente contra el tobillo. Esta vez el banco se hizo pedazos, pero la pierna, aunque algo astillada, no se había dañado. Conan retrocedió cuando vio que la estatua había dado otro paso en dirección a él.

—¡Conan! ¡Cuidado!

El grito de Juma hizo que mirara hacia arriba. El gigante verde se tambaleó. Los ojos de rubíes se clavaron en los suyos. ¡Era extraño mirar a los ojos a un dios vivo! Estos eran profundos como un abismo; profundidades sombrías en las que se hundía su mirada a través de infinitos eones rojos de un tiempo inimaginable. Y en lo más hondo de esas profundidades cristalinas había una maldad fría e inhumana. La mirada del dios se clavó en sus ojos, y el joven cimmerico se quedó completamente helado. No podía moverse ni pensar...

Juma, aullando con furia y un temor primitivos, giró sobre sí mismo. Vio que las múltiples y poderosas manos de piedra se abalanzaban sobre su amigo, que se quedó mirando al vacío como si estuviera en trance. Si Yama daba un paso más, estaría encima de Conan, que se había quedado paralizado.

El negro estaba demasiado lejos para intervenir, pero su frustrada cólera necesitaba un desahogo. Sin pensarlo, levantó al dios-rey, que gritó y pateó en vano, y lo lanzó hacia su padre infernal.

Jalung Thongpa dio una vuelta en el aire y cayó con un ruido sordo sobre el suelo decorado con mosaicos delante de los pies del ídolo que avanzaba pesadamente. Aturdido por la caída, el pequeño monarca miró a su alrededor con una mirada salvaje, y se puso a gritar en forma aterradora porque vio un gigantesco pie casi encima suyo.

El crujir de huesos rotos resonó en medio del silencio total. El pie del dios se arrastró sobre el mármol dejando una enorme mancha de color carmesí sobre los mosaicos. Con un crujido de cintura, la figura ciclópea se inclinó hacia Conan y en ese momento se detuvo.

Las manos de piedra verde se detuvieron en el aire con los dedos extendidos. La ardiente luz carmesí de sus ojos se apagó. El enorme cuerpo de múltiples brazos y cabeza demoníaca, que hacía un momento era flexible y estaba lleno de vida, se quedó inmóvil.

Quizá la muerte del rey, que había invocado a este espíritu infernal desde las oscuras profundidades de dimensiones inencontrables, deshizo el hechizo que unía a Yama con el ídolo. O tal vez la muerte del rey había liberado la voluntad del dios-demonio del dominio de su pariente terrenal. Cualquiera que fuese la causa, lo cierto es que en el momento en que Jalung Thongpa fue destruido y sólo quedó de él un charco de sangre sobre el mármol, la estatua volvió a convertirse en un bloque de piedra inmóvil y sin vida.

El hechizo que había paralizado la mente de Conan también se deshizo. El muchacho inerte sacudió la cabeza, para despejar la mente y miró a su alrededor. Lo primero que vio fue a la princesa Zosara, que cayó en sus brazos llorando histéricamente. Cuando sus brazos bronceados rodearon el cuerpo delicado de la joven y sintió la suavidad de su cabello negro y sedoso contra su cuello, se encendió un fuego nuevo en sus ojos, y rió lleno de gozo.

Juma vino corriendo desde el otro extremo del templo.

—¡Conan! ¡Nuestros enemigos han muerto y los demás han huido! Debe de haber algunos caballos en las cuadras que hay detrás del templo. ¡Es nuestra oportunidad de abandonar este maldito lugar!

—¡Sí! Por Crom que estaré contento de sacudir el polvo de esta maldita tierra de mis zapatos —dijo el cimmerio con un gruñido, arrancando la túnica del gran chamán y envolviendo a la princesa desnuda con ella.

Luego la tomó en sus brazos y la llevó fuera, sintiendo el calor y la suavidad de su cuerpo joven y grácil contra el suyo.

Una hora más tarde, cuando ya nadie los podía alcanzar, detuvieron sus caballos y examinaron la bifurcación de caminos. Conan miró hacia las estrellas, meditó y dijo:

—¡En esta dirección!

—¿Hacia el norte? —preguntó Juma con el ceño fruncido.

—Sí, a Hirkania —dijo Conan sonriendo—. ¿Has olvidado que todavía tenemos que entregar a esta muchacha a su futuro esposo?

Juma volvió a fruncir el ceño más desconcertado que antes, al ver los blancos y delgados brazos de Zosara alrededor del cuello de su camarada y su pequeña cabeza apoyada contra su recio hombro con una expresión de felicidad en el rostro. ¿A su futuro esposo? El negro movió la cabeza. Jamás entendería a los cimmerios. Pero siguió a Conan haciendo dar vuelta a su caballo en dirección a las imponentes montañas Talakmas que se elevaban como una pared que separaba la extraña tierra de Meru de las estepas de Hirkania barridas por el viento.

Un mes después llegaban al campamento de Kujula, el Gran Khan de los nómadas kuigar. Su aspecto era completamente diferente del que tenían cuando huyeron de Shamballah. En las aldeas de la ladera sur de las montañas Talakmas habían vendido algunos eslabones de las cadenas que todavía colgaban de las muñecas y tobillos de Zosara, y se compraron ropas adecuadas para soportar el clima de las montañas nevadas y las planicies borrascosas. Vestían gorros de piel, abrigos de cordero, pantalones holgados de lana basta y enormes botas.

Cuando entregaron a Zosara a su novio de barba negra, el Khan los agasajó agradecido y les dio una recompensa. Después de las celebraciones, que duraron varios días, les envió a Turan cargados de regalos de oro.

Cuando ya estaban lejos del campamento del Khan Kujula, Juma le dijo a su amigo:

—Era una muchacha magnífica. Me pregunto por qué no te quedaste con ella. Tú también le gustabas. Conan sonrió y dijo:

—Sí, yo le gustaba. Pero todavía no estoy preparado para sentar la cabeza y casarme. Y Zosara será más feliz con las joyas de Kujula y rodeada de suaves almohadones que conmigo, galopando a través de las estepas, pasando calor y frío y perseguido por los lobos o por hostiles guerreros. Además —dijo riendo—, aunque el Gran Khan no lo sabe, su heredero está en camino.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo ella antes de despedirnos.

Juma esbozó una amplia sonrisa y dijo en su lengua natal:

—¡Nunca jamás volveré a menospreciar a un cimmerico!

FIN

Título Original: *The City of Skulls* © 1967 by Lin Carter & L. Sprague de Camp.

Colaboración de Romulano.

Revisado y Reeditado por Arácnido.

Revisión 2.